

Sam Byers

## Idiopatía

Traducción del inglés de  
Catalina Martínez Muñoz

 Siruela

Nuevos Tiempos

**idiopatía.**

(Del griego *idios*, propio, particular, y *pathos*, padecimiento, sufrimiento).

sust. Enfermedad o trastorno de aparición espontánea o de causa desconocida.

*Ubi pus, ibi evacua.*

**H**ace relativamente poco tiempo, en el transcurso de una reunión familiar a la que la madre de Katherine se refirió como «el látigo de tres colas» y a la que la hermana de Katherine había evitado asistir de alguna manera, cuando estaban sentados a la mesa, la madre de Katherine enseñó a los presentes las fotografías que llevaba en el bolso. Los familiares eran en su mayoría ancianos, y el deleite que les causaban las fotografías era un fenómeno al que Katherine ya no se molestaba en buscar una explicación. Para ella, el noventa por ciento de las fotos (y de los parientes) eran iguales. Un niño sonriente se parecía mucho a otro, una boda era idéntica a otra y, como la mayoría de la familia tenía la costumbre de pasar las vacaciones en lugares deprimentemente predecibles, las fotos de sus viajes por el extranjero eran también bastante típicas. Por eso, cuando los demás –la tía Joan, el tío Dick y su hija Isabel, que era rarísima y parecía un espectro, y los otros dos o tres vejesterios a quienes Katherine recordaba vagamente y con quienes no tenía ningún interés en retomar el contacto– se embobaron comentando las fotos como si se tratara de un postre delicioso y magníficamente presentado, Katherine se quedó callada y fue desplazando los ojos, como tenía por costumbre en situaciones parecidas, de la cara de su madre a la esfera de su reloj, sin que ninguna de las dos le ofreciese pruebas concluyentes de que la reunión fuese a terminar en breve.

El bolso de la madre de Katherine, a diferencia de las manos que lo sostenían, era terso y nuevo, recién comprado, por lo visto, en Liberty, un establecimiento que su madre frecuentaba aunque estuviera por encima de sus posibilidades.

—Qué bolso tan bonito —dijo una u otra de las primas que estaban más cerca, con la clara conciencia de que cualquier accesorio que la madre de Katherine tuviese a bien mostrar en público debía suscitar al menos un cumplido, pues en caso contrario quedaría relegado de inmediato a alguno de los montones de adquisiciones abandonadas que, con alarmante periodicidad, su propietaria depositaba en la tienda benéfica del barrio. A Katherine se le ocurrió pensar que si sus familiares hubiesen demostrado el mismo sentido del deber en lo tocante a los hombres que habían pasado por la vida de su madre, esta se habría encontrado en circunstancias muy distintas.

—¿Verdad que es una preciosidad? —dijo la madre de Katherine ciñéndose al guion—. De Liberty. Una ganga. No pude resistirme.

Las fotos estaban muy bien conservadas teniendo en cuenta cómo trataba las cosas en general la madre de Katherine, como si fueran indestructibles, para luego contemplar con lástima sus restos mortales y lamentar la mala calidad de la mayoría de los artículos modernos.

—Mirad estas —señaló la madre de Katherine refiriéndose a las fotos con idéntico tono al que había empleado para hablar del bolso—. ¿A que son maravillosas?

Pasó la primera foto, en blanco y negro y tamaño carné, de la hermana de Katherine, Hazel, abrazada a un peluche destrozado. Con los ojos colgando y sin una pizca de tono muscular, el pobre animal parecía drogado, lo que daba a Hazel (al menos a ojos de Katherine) el aire de una siniestra secuestradora preadolescente.

—El osito se llamaba Bloot —explicó la madre mientras la foto pasaba de mano en mano—, aunque sabe Dios por qué. Se quedó hecho una birria después de que Hazel le vomitara encima y tuviéramos que meterlo en la lavadora. Por hache o por be, Hazel siempre acababa vomitando sobre sus cosas. La verdad es que tiene una constitución muy delicada.

—Es una lástima que no haya podido venir —dijo alguien.

–Ya lo creo –contestó la madre de Katherine–, pero últimamente no tiene ni un momento libre. No hace más que trabajar. Y mira que es desagradable su trabajo con las vacas...

Varias cabezas asintieron, y aunque Katherine no podría haberlo jurado, y más tarde se convenció de que habían sido imaginaciones suyas, por un momento tuvo la sensación de que más de un par de ojos le lanzaban una mirada fugaz, movidos por ese acto reflejo típico de todas las reuniones familiares: la asistencia estaba estrechamente relacionada con el trabajo. Todos agradecían que acudieras, pero también daban por sentado que tu trabajo no era ni importante ni exigente, mientras que todos los parientes con trabajos importantes y exigentes estaban demasiado ocupados como para acudir a esos encuentros más de una vez al año, momento en el cual se les recibía como a caballeros que regresaban de las Cruzadas y se les animaba con insistencia a marcharse ese mismo día, para que nada interfiriese en su misión. Hacía años que la hermana de Katherine disfrutaba interpretando este papel, y a Katherine le fastidiaba que cuanto menos se dejaba ver Hazel, más santa y sobrecargada de trabajo parecía a ojos de los demás, mientras que cuanto más asistía ella a estas reuniones y más se esforzaba por ser amable con la familia, más la consideraban todos una persona que había desperdiciado su vida. Ciertamente en esta ocasión las circunstancias eran ligeramente distintas, porque las carreteras estaban cerradas por culpa de las vacas. Todos los que habían logrado llegar se sentían orgullosísimos, como si hubiesen tenido que atravesar una zona de guerra. A Katherine las vacas le importaban un comino, pero estaba saboreando el momentáneo respeto que su presencia parecía despertar.

La segunda fotografía no se enseñó hasta que la primera completó su circuito. Era del padre de Katherine, vestido con una de esas cazadoras enceradas, posando torpemente con una escopeta.

–Aquí está Nick –dijo la madre de Katherine–. Nunca cazaba nada, pero le gustaba mucho participar. Tenía el equipo completo, como es natural, porque Nick era así: excelente en la planificación, pero incapaz para la ejecución. Esta foto se la tomé yo.

Hizo una pausa muy marcada antes de pasar la foto, para suscitar algunos compasivos asentimientos de cabeza de las tías y los

tíos. La madre de Katherine, desde que esta alcanzaba a recordar, siempre había sabido jugar la baza de la compasión cuando hablaba del padre de sus hijas, con quien vivió un par de años antes de que se marchara a Grecia con una mujer a la que conoció en la consulta del médico cuando fue a hacerse las pruebas de colesterol. Katherine recibía al año dos postales de su padre, por Navidad y por su cumpleaños, y una tercera como premio si había cosechado algún logro reseñable. Solo una vez la había llamado por teléfono, borracho como una cuba, en un claro momento de debilidad provocado por una crisis de la mediana edad, y le dijo que tuviese siempre cuidado para no parecerse a ninguno de sus padres.

La foto circuló por la mesa y fue seguida, con la precisión de un reloj, por una instantánea en color de Homer, el perro de la familia, que, al no haber sido nunca un animal demasiado inteligente, encontró la muerte persiguiendo una pelota de tenis mientras saltaba una sucesión de árboles caídos, de forma que terminó ensartado en una rama. Esto obligó a Katherine, que había lanzado la pelota, a explicar a su madre por qué su chucho del alma no solo estaba muerto sino que seguía clavado en la rama, mientras que ella parecía inexplicablemente ilesa e imperdonablemente inasequible al llanto.

La siguiente y última foto era de Daniel, achispado y con un gorrito navideño, levantando su copa con aire majestuoso junto a un enorme pavo asado.

—Ah, aquí está Daniel —dijo la madre de Katherine—. Mirad. Era un amor. ¿Llegasteis a conocer a Daniel? Sí, claro. Estuvo en esa fiesta hace unos años. Un encanto. Yo lo adoraba. Pobre Katherine. Fue él quien quiso romper, ¿verdad que sí, cielo?

—No, no fue él —contestó Katherine.

—Sigue siendo un tema incómodo —dijo la madre de Katherine sonriendo a su hija con gesto maternal, algo que solo hacía en público—. A Daniel le va de maravilla, por supuesto, no como a otros, que no llegarán a nada. —Cobrando el aspecto líquido de los números de un reloj digital, su mirada se volvió más severa—. ¡Qué fácil es quedarse bloqueado!

Guardó la última foto en uno de los compartimentos de su cartera, cerró el broche y devolvió la cartera al bolso, haciendo

que todos mirasen un momento a Katherine y acto seguido al mantel y se sumieran en un incómodo silencio hasta la oportuna llegada del café, momento que Katherine aprovechó para disculparse y se fue al baño a destrozarse un rollo de papel higiénico.

**A** Katherine no le gustaba definirse como triste. Le sonaba a derrota. La tristeza no tenía la fuerza de, por ejemplo, la rabia o la obsesión. Sin embargo, tenía que reconocer que últimamente se levantaba más veces triste que contenta. Lo que no reconocía, ni reconocería nunca, es que ese estado de ánimo tuviese nada que ver con Daniel.

La tristeza no estaba presente todas las mañanas, pero estaba, no podía negarlo, con más frecuencia de lo deseable. Lo peor eran los fines de semana; entre semana, la cosa iba por días. Era un estado de ánimo bastante incongruente.

Mirarse en el espejo no ayudaba. Se vestía a todo correr y se arreglaba cada vez menos. No se alimentaba bien, y a su piel le estaban pasando cosas que no le gustaban. Le sangraban las encías al cepillarse los dientes. Pensó que se estaba volviendo fea en un momento de lo más inoportuno. Muchos días se saltaba el desayuno y comía algo poco sano a media mañana en el trabajo. No podía salir de casa sin haberse metido en el cuerpo como mínimo tres tazas de café. Y además, había vuelto a fumar. La ayudaba a combatir la tristeza. Por lo general le fallaba la respiración, aunque solo tosía los días especialmente malos. En algún momento de la mañana, todas las mañanas, tenía náuseas.

Desde hacía dos años, cuando cometió el error de mudarse de Londres a Norwich, trabajaba como responsable de las instalaciones de una empresa de telecomunicaciones local. Su trabajo no tenía nada que ver con las telecomunicaciones, sino con los asuntos más delicados de la gestión de la oficina. Le pagaban, como le gustaba decir a ella, para que fuese una obsesiva compulsiva. Se encargaba de que las sillas tuvieran una ergonomía aceptable y una altura adecuada a las mesas, que controlaba a su vez para garantizar que se adecuaban tanto a las directrices de la empresa como a la normativa nacional de seguridad y salud en el entorno

laboral. Comprobaba las alarmas de incendios una vez a la semana y llevaba un registro de los resultados. Se aseguraba a diario de que el edificio cumplía con los niveles estipulados de higiene, presentación y seguridad, y despedía como mínimo a uno de los limpiadores cada mes. Caía mal a mucha gente y recibía críticas constantes. Tenía llamadas y mensajes a todas horas. Las sillas, las mesas, el aire acondicionado, la cafetera, la fuente de agua, los fluorescentes..., nada estaba a gusto de los empleados. Los numerosos cambios que Katherine tenía que introducir para cumplir con las normas de salud y seguridad la obligaban a defender públicamente alteraciones que molestaban a muchos. Los fumadores tenían que alejarse más del edificio. Había que renegociar los descansos. Su trabajo no dejaba ningún margen para la flexibilidad, y todos los días volvía a casa tensa y de mal humor. Cuanto mejor era en su trabajo, más la odiaba la gente. Según la opinión general, Katherine era muy buena en su trabajo.

Sus compañeros se dividían entre una mayoría que no la soportaba y un grupito de hombres que querían follársela. Katherine lo veía como territorio hostil. Unos querían follársela porque les gustaba y otros querían follársela porque la odiaban. Katherine lo entendía bastante bien. Ella a veces follaba porque se gustaba a sí misma y otras veces porque se odiaba. El truco estaba en encontrar al hombre idóneo para cada ocasión, porque follarse con un tío que la odiaba en uno de los raros momentos en los que ella se gustaba era contraproducente, y hacerlo con uno que estaba enamorado de ella en los momentos en los que se odiaba era vomitivo.

Hasta la fecha, había follado con tres tíos de la oficina, y con uno de ellos, Keith, seguía follando con cierta regularidad. Los otros dos, Brian y Mike, habían pasado sin pena ni gloria y únicamente los veía de lejos, perdidos entre calvas y trajes de Marks & Spencer. Brian fue el primero. Con Brian había roto Katherine su norma de «nunca con alguien de la oficina» y, visto con perspectiva, no había valido la pena. Había roto además la norma que excluía a los hombres casados y la norma que excluía a los hombres con hijos. Se arrepentía, porque le parecía, y se imaginaba que a otros también se lo parecía, que con eso le había dado

a Brian un estatus que no se merecía en absoluto. Lo cierto era que en el momento en que Katherine tomó la decisión consciente y no del todo irracional de saltarse muchas de las normas que hasta entonces se había impuesto en la vida, Brian estaba a tiro por casualidad y, también por casualidad, era el vivo ejemplo de algunas de esas normas. De ahí que enseguida pasaran al sexo, un martes por la tarde, cuando él la llevó a casa, y siguieran enrollándose durante un mes, hasta que Katherine empezó a pensar que algunas de sus normas eran en realidad bastante sensatas. Brian tenía cincuenta y tantos (otra norma, ahora que se acordaba). Era gordo y estaba pasando una crisis de dimensiones épicas. Tenía un Jaguar amarillo y un hijo que se llamaba Chicane. Nunca llegaron a romper ni nada por el estilo. Simplemente, Katherine dejó de reconocer la existencia de Brian y él recibió el mensaje en silencio, incluso puede que con agradecimiento.

Mike era distinto, al menos en apariencia. Tenía la edad de Katherine (treinta, con cierto margen según su estado de ánimo), estaba soltero y era increíble en la cama. Más increíble aún fue para Katherine descubrir que Mike era capaz de entablar incluso conversaciones largas, cuando le daba por ahí. Su aventura (en realidad no era una aventura, aunque a ella le gustaba llamarlo así, porque eso daba valor a la experiencia y porque no mucho antes había estado liada con Brian, y en secreto, aunque jamás lo reconocería, esperaba estar entrando en una fase de tener aventuras, lo que justificaría que estuviese acostándose con Mike) duró cerca de dos meses, y terminó cuando Mike se enteró de que ella se había acostado con Brian. Para fastidio de Katherine, Mike resultó tener lo que él llamaba con orgullo «principios morales». A Katherine no le impresionó. En su opinión, la moral era eso a lo que se aferraba la gente sin personalidad y con pocas entendederas. Así se lo dijo a Mike cuando, hablando del adulterio, él adoptó un tono de superioridad. Mike no le hizo ni caso. No podía respetarla, dijo. Katherine siempre lo recordaría alejándose de la máquina de refrescos, moviendo la cabeza y murmurando: «Pobre Chicane, pobre Chicane». Y se sintió plenamente justificada. Mike no tenía ninguna moral. Solo tenía un ego masculino herido y una manifiesta incapacidad para expresarse.

De todo esto hacía bastante tiempo, y a continuación hubo otros hombres que no eran de la oficina. Con ninguno funcionó. Katherine empezaba a estar triste con creciente frecuencia. Empezó a pasarle esa cosa en la piel. Engordó, luego adelgazó y después adelgazó un poco más. Dormía cada vez peor. Cuando cogió unos días de vacaciones que aún le quedaban ese año, se los pasó en camión, vagueando y viendo documentales de nazis en el Canal Historia, hasta que se tomó un puñado de pastillas y se metió en la cama a esperar la muerte, pero se despertó al cabo de cinco horas en un charco de vómito en el que aún se apreciaban bastantes pastillas. Tuvo unas palabras consigo misma. Al día siguiente se vistió, se maquilló, se fue a la ciudad y se encontró por casualidad con Keith, que le propuso tomar un café; después comieron, y después tuvieron un violento y doloroso encuentro sexual en el garaje de él: Katherine con la tripa aplastada contra la chapa caliente del capó del coche.

—Me acuerdo de que una vez... —dijo Keith cuando terminaron, apoyándose en el coche al lado de Katherine, mientras fumaban y esperaban a que se les pasara el dolor—: ¿Qué iba a decir? A la mierda, se me ha olvidado.

**H**abía días en los que todo parecía sórdido y condenado al fracaso, días que, curiosamente, Katherine idealizaba más que los días de esperanza. Keith era fatalista en general, pensó Katherine, y a ella le gustaba. Tenía cuarenta y un años (y es que, pensó Katherine, una vez que se ha roto una regla ya no es una regla, y por eso no puede decirse que se haya roto por segunda vez) y era delgado de torso y gordo de cintura. Para ir a trabajar se ponía pantalones de lino arrugados y corbatas muy finas. Por las noches era más partidario de unos vaqueros negros viejos y unas Converse destrozadas. Le gustaban las canciones que hablaban de sangre y negrura, con guitarras aporreadas que le hacían contraer las facciones y apretar los dientes como si combatiera una obstrucción intestinal. Tenía la piel blanca, ligeramente grasa, y los ojos grises, con un halo blanco alrededor del iris. Katherine había leído en alguna parte que eso era síntoma de una enferme-

dad, pero no se acordaba de cuál y prefirió callárselo. Le gustaba pensar que Keith estaba defectuoso, que podía estar muriéndose. Le gustaba que él hablase sin tapujos de «sus años con la heroína». Incluso le gustaba el daño que le hacía en la cama: el hombro dislocado, el mordisco profundo en el muslo izquierdo. Keith era distinto en su manera de hacer cumplidos. Jamás la amaría, probablemente no era capaz de amar nada ni a nadie, y ella admiraba esa parte de él. Parecía estar por encima de las preocupaciones que a diario (sí, ahora ya era a diario) amenazaban con engullir a Katherine por completo. Esto, por definición, lo colocaba por encima de ella, pero a Katherine también le gustaba.

**N**o vivía en Londres. Había mañanas en las que Katherine se miraba fijamente en el espejo y se repetía esto como un mantra. Cuando tenía un buen día, casi era capaz de pronunciar el nombre del lugar donde vivía, aunque le costaba mucho. Se mudó aquí con Daniel, por el trabajo de él. Hubo insinuaciones sobre pasitos de niño en el pasillo, pero la noticia no llegaba. Después rompieron. Katherine pensó que en Londres se sentiría sola, y ahora estaba bloqueada.

Su madre llamaba con previsible frecuencia. Siempre había sido una mujer práctica y pensaba que la mejor manera de expresar su preocupación por el bienestar de su hija era ser directa en todo momento. Eso, por lo visto, significaba preguntar continuamente a Katherine si estaba bien, lo que, como es natural, tenía el efecto de que ella se sintiese de cualquier forma menos bien.

—¿Estás comiendo lo suficiente? —preguntaba su madre, sin andarse por las ramas—: ¿Estás comiendo cosas sanas?

—Sí —decía Katherine, que estaba tomando un donut—. Hoy he desayunado avena y he comido una patata asada con un poco de atún. Para cenar voy a tomar pechuga de pollo a la plancha.

—¿Me estás tomando el pelo? Porque ya sabes que no tiene gracia... Y no es del todo maduro.

—Estoy siendo sincera. ¿Eso es maduro?

—Depende mucho de en qué estés siendo sincera.